

## DISCURSO DE APERTURA DEL SIMPOSIO DEL AÑO 2024

Eduardo Dayen

Abrimos el simposio que, ya con las primeras canas, lleva puesto el número 54. Es el primer paso y esperamos que, como tantas otras veces, se nos active de nuevo ese resorte misterioso del interés y la curiosidad.

En la conferencia del fin del año pasado, el Dr. Luis Chiozza nos estimulaba para que cada uno de nosotros se preguntara por qué habíamos venido, por qué estábamos aquí. Y dado que insistir casi siempre ayuda a comprender un poco mejor, propongo que volvamos sobre la misma pregunta. Al fin y al cabo, nuestra meta es la integración.

Es obvio que a todos nos conviene encontrarnos, dialogar y aprender. A los más antiguos nos empapan los recuerdos. Para los más jóvenes, el número 54 es una cifra que habla de la presencia de un pasado. Un pasado que, juntos, siempre vamos tratando de integrar al quehacer de nuestros días. Un pasado que ahora nos estimula para que volvamos a compartir una meta común: decir y escuchar, con los tentáculos de la curiosidad preparados para explorar lo que flota en el ambiente.

Un ambiente del que, dicho sea de paso, podemos estar muy agradecidos porque la vida nos ofreció lo necesario para que tengamos lo que tenemos hoy. Es cierto que cada cual hizo lo que pudo. Pero es muy importante que no se nos escape el reconocimiento de un compromiso que implica honrar lo recibido y hacerlo crecer. Nada es eterno, pero todo lo que se cuida dura más.

En fin, toda una cuestión que nos mueve a recapacitar en la necesidad de redoblar siempre el esfuerzo si es que queremos, por ejemplo, que nuestro grupo siga creciendo y dedicando cosas buenas que vayan más allá del ámbito limitado de cada uno. Creo que no cabe duda de que somos planta de una buena semilla, pero ninguna planta crece sin el riego adecuado.

Siempre podemos reflexionar un poco más sobre qué mejorar, entendiendo por reflexión lo que ayuda a enfrentar una dificultad cambiando constantemente el patrón de pensamiento habitual para adaptarlo un poco mejor al hecho real.

Justamente, vivimos una época de transición, de muchos sacudimientos y cambios que a veces nos complican las tareas más habituales. Pero hay hábitos que ya no funcionan como antes. Un primer punto para explorar es, por ejemplo, el que toca Eduardo Galeano cuando dice que estamos en plena cultura del envase. El contrato de matrimonio importa más que el amor, el funeral más que el muerto, la ropa más que el cuerpo y la misa más que Dios.

Y entonces, sin querer nos vamos acostumbrando a buscar los momentos en los que permanecemos sólo en la superficie de nosotros mismos. Esos momentos en los que uno siente que tiene que responder a pocas demandas y no necesita comprometerse. Claro que, entonces, es natural que tengamos que conformarnos con obtener la misma superficie de los demás. Lo malo es que así **pasamos** el tiempo, pero no lo **aprovechamos**, a pesar de que es el único del que disponemos de una vez y para siempre.

Parece que lo mejor sería que ahora no desperdiciemos la oportunidad de que, esta vez, no nos ocurra lo mismo. En el fondo sabemos que la pereza anda despacio y que la incapacidad al final termina por alcanzarla.

José Ingenieros decía que cada tanto el equilibrio social se rompe a favor de la mediocridad. El ambiente se torna refractario a todo afán de perfección, los ideales se debilitan y la dignidad se ausenta; los hombres acomodaticios tienen su primavera florida. El mediocre rechaza la perspectiva del diálogo, no se atreve a confrontar con el que piensa distinto. Como es inseguro, busca excusas que siempre apuntan a descalificar al otro. Para él, solo hay monólogo y aplauso.

Creo que no cabe duda de que hoy estamos sumergidos en ese caldo de malentendido que, sin llegar a valorar la importancia que tiene, se interpone en los vínculos que necesitamos para seguir creciendo.

En ese sentido, todos repetimos desde hace tiempo, que “somos siendo con otros”. Una idea en la que también conviene que insistamos. Cuando nos encontramos auténticamente con los demás, pasa lo mismo que cuando entran en contacto dos sustancias químicas que reaccionan: nos transformamos, somos otros.

Claro que desde muy chicos aprendimos a aceptar la idea de un mundo fragmentado, de un mundo constituido por un sinnúmero de cosas

independientes y separadas. Y de ese modo, para cada persona existe algo muy especial, que es el “uno mismo”. Este “yo” es visto como un cuerpo físico y como un alma que está “adentro” del cuerpo. Seguramente es por eso que la noción de la existencia del “yo” separado de su contexto es un principio que, como el de todas las cosas separadas, es algo que se resiste tanto a ser cuestionada.

Sin quejas, sin reproches y sin culpas, tratemos por lo pronto en esta oportunidad de reflexionar un momento sobre nuestra disposición a interesarnos en lo que late en nuestro entorno y así poder mezclarnos.

En esta época difícil, ninguno de nosotros ignora la importancia de entrar en contacto con el mundo en lugar de dejarlo pasar distraídos, por ejemplo, con la pantalla del celular. Alguien comparó nuestro mundo actual con la caverna de Platón: todos mirando imágenes y creyendo que son la realidad. Mucha pantalla, pero tarde o temprano, nos sentimos solos y necesitamos comunicarnos de verdad.

Chiozza nos decía en un Instagram que nos sentimos solos cuando, apresados en un punto particular que nos hace sufrir “en carne viva”, no encontramos, entre quienes nos rodean, la posibilidad de comunicar aquello que, entre pecho y espalda, nos oprime como una gran deuda pendiente que nos precipita dentro de un “habría que...”. Hay ideas que, aunque a veces logramos alejarlas, sucede que no mueren, simplemente se esconden, pero siempre vuelven, y vivimos, desde allí, buscando un espíritu solidario con quien compartirlas.

Si las cosas funcionan bien podemos comunicarnos de la misma manera que muestra con toda claridad la experiencia de los vasos comunicantes con un líquido homogéneo. Cuando el líquido está en reposo alcanza el mismo nivel en todos los recipientes, sin influir la forma y el volumen de cada uno. Y todos nosotros, podamos creerlo o no, más que burbujas, somos vasos comunicantes. Cuando estamos en el mismo nivel, sin importar la forma que tengamos, la comunicación logra producir una **comunión**... y eso es lo bueno.

Volviendo sobre la pregunta del principio: ¿Por qué estamos acá? ¿Simplemente porque es algo que nos resulta útil, algo que solo rinde provecho o sirve para lucrar? Creo que esto es algo secundario. Podemos pensar que lo que explica la razón de que estemos acá es algo más primordial. En el encuentro, la perspectiva que da el diálogo

hace posible que tengamos una nueva visión provisional, y de ese modo es posible que juntos hagamos camino al andar.

Vinimos para conocer algo nuevo. Pero no hay que olvidarse de que algo que impide priorizar la percepción de lo que es nuevo y diferente es el temor de cometer errores. Todo aprendizaje implica probar algo y ver qué sucede. Si uno no prueba para ver si acierta o se equivoca, nunca aprende algo nuevo. Y al temor por equivocarse se suman los hábitos de ideas preconcebidas y los fines utilitarios específicos.

Para aprender no se requiere ningún talento especial. La cuestión funciona cuando opera como un interés total y absoluto en lo que se está haciendo. Algo como ese interés que muestra un chico cuando está empezando a andar. Pone todo su empeño en lo que hace. Y ese tipo de interés incondicional es lo que se necesita para ver lo que es nuevo, lo que es diferente. Sobre todo, es lo que se necesita cuando lo nuevo parece amenazar lo que es familiar, valioso, seguro o querido.

Esa es la forma de comprometerse con alguna manera de pensar, a partir de los datos y la experiencia que tenemos a mano. Pero también es importante que esa manera de ver alcanzada no llegue a bloquear la nueva conciencia de las realidades cambiantes de nuestro entorno y de nuestro interior. Lo que paraliza es que las ideas cristalicen en visiones absolutas que se niegan a tener en cuenta lo nuevo.

De acuerdo con la idea de “lo que nos hace la vida que hacemos”, también podemos pensar que, tal como dice David Bohm, creamos un mundo según nuestra participación y nos creamos a nosotros mismos de acuerdo con esa participación. De modo que, si volvemos a pensar como siempre, crearemos el tipo de mundo que ya hemos creado. Si pensamos de otro modo, a lo mejor podemos crear un mundo diferente. Sólo pueden cambiar los dos a la vez.

Y finalmente. ¿Qué sería de la vida si no tuviéramos el coraje de intentar algo nuevo? Es cierto que, muchas veces, ponemos distancia para evitar las heridas. Pero, después de todo, ¿de qué sirve morir ileso?